

Crónica de la narrativa española

Novela y prejuicios literarios

Junto al acuario, iluminado de peces y grava menuda, he ordenado tres libros de 1999: la prosa de Manuel Vicent de *Son de mar* premiada por Alfaguara –hace treinta años también Alfaguara le premió *Pascua y naranjas*, su primer libro–; la novela que puede conmemorar el treinta aniversario de Anagrama, *La cuadratura del círculo*, de Álvaro Pombo, –otra extraordinaria novela suya, *El platino de metro iridiado*, celebró el número 200 de Narrativas Hispánicas, cuyo título inicial fue otra novela de Pombo, *El héroe de las mansardas de Mansard*– y, en tercer lugar, acaba de llegar Jorge Volpi y *En busca de Klingsor* (Seix Barral), que ha sido premio Biblioteca Breve en su resurrección de hoy, cuarenta años después de la primera convocatoria del premio legendario.

No voy a ponerme caviloso ni melancólico, pero sí les pido medio minuto para un apunte rápido de observador. ¿Qué hay en esos tres libros que los reúne y agrupa sin

querer? ¿Decepcionarán, colmarán las expectativas que despiertan en mí como, presumiblemente, han de despertadas en más de un frecuentador de la prensa culta y la edición literaria? Mejor aún, ¿estarán de acuerdo la relevancia social y mediática de las tres novelas con su calidad literaria y estética? ¿Serán los tres merecedores de los valores simbólicos y adicionales que concurren en sus respectivas circunstancias festivas?

Hace medio año, la situación fue parecida con otros cuantos nombres y títulos, pero entonces no hubo respaldo institucional de la sociedad literaria. Pienso en los libros que publicaron autores con un nivel de consagración y reconocimiento literario alto, aunque diverso: se publicó la tercera novela de Almudena Grandes, *Atlas de geografía humana* (Tusquets) y regresó José María Guelbenzu con una novela dialogada, *Un peso en el mundo* (Alfaguara), Luis Landero dio por fin un nuevo original, que fue *El mágico aprendiz* (Tusquets) y, tras alguna larga convalecencia por motivos de salud, pudo por fin aparecer publicada la primera novela histórica de Miguel Delibes, *El hereje*.

Concurrían también razones de peso para esperar resultados de entidad literaria, y esta vez la decepción en los cuatro casos no ha sido aguda pero sí registrable: no

han sido en ningún caso las mejores novelas de sus autores, pero, particularmente, tampoco ostentaron ningún tipo de respaldo conmemorativo particular. Fueron, sin más, las nuevas obras de autores con una trayectoria consolidada y en el caso de Delibes y Guelbenzu, fuera de duda crítica. Fueron síntomas naturales de la profesionalización de escritores en busca de su propia literatura y el lector no vio alimentada una expectativa de curiosidad más allá de lo que ya pudiera saber de cada uno de esos narradores. Eran sus nuevas obras y había que leerlas en clave, cada una de ellas, de nueva inmersión en el género que les es más propio a cada uno de ellos.

Quizá por ello hablar de decepción es en este caso excesivo, equívoco y, en el fondo, desorientador: no es fácil mantener las distancias del estímulo publicitario para bien y para mal. ¿Son malos libros narrativos, ignoran sus recursos, los manejan deficientemente, carecen de oficio? No es esta la naturaleza de la decepción. De hecho, responder con desánimo ante estas cuatro novelas es esperar de ellos un crecimiento o una maduración de sus mundos literarios a ritmo de *spot* publicitario, como si dos, tres, cuatro años, hubiesen de bastar para realimentar la propia experiencia y dotarla de las nuevas herramientas y los nuevos saberes

que permitan saltos cualitativos significativos de sus propias trayectorias. Yo mismo me confieso decepcionado ante los cuatro narradores y, sin embargo, sé que es injusto firmar ese diagnóstico porque hacerlo significa respaldar la lógica mercantil en que vive la literatura actual. Lo honesto y pertinente sería más bien la observación neutral de la aventura literaria de cada uno de ellos y el reconocimiento de lo que han querido ser cada una de sus nuevas novelas, intentando abstraer esos títulos de la tentación en que vive y de que se nutren la propaganda y la industria editorial, es decir, la superación, la mejora, el perfeccionamiento continuo. Y evidentemente la lógica que rige ese prejuicio es esencialmente ilógica: es infantilismo disfrazado, es ilusionismo adolescente. La propaganda aspira a inocular esa suerte de instinto en cada cliente potencial —todos nosotros— y hace esperar bajo ese prejuicio de progreso continuo cada nuevo título: siempre el mejor detergente es por definición nuevo, pero sobre todo porque es *nuevo* es *mejor*.

Ese es un efecto nocivo del talante agudamente mercantil en el que se mueven las letras españolas del tiempo, aunque pueda tener recompensas también: beneficia objetivamente la producción literaria media del país, aumenta previsiblemente los índices de lectura de novela

contemporánea y construye la imagen de una pintoresca y excitada sociedad literaria democrática. Exige un esfuerzo adicional distanciarse de esa lógica, y eso he intentado hacer al repensar los cuatro libros de los que quiero hablar además de algunos otros que mencionaré también.

Almudena Grandes ha dado cuatro modelos de mujer trabajadora y ha observado la secuencia interior y sentimental que las lleva a destinos dispares, aunque algunas veces se crucen entre sí. Sus mujeres literarias reciben el foco de luz narrativa esencialmente en el núcleo en el que cuajan los sentimientos, la percepción propia de sus avatares y sus frustraciones. Les preocupa menos el trabajo que realizan, la sociedad en la que viven, las relaciones laborales o los destinos suyos como seres racionales y les inquieta mucho más el olor de las sábanas que abandonan cada mañana –solas o acompañadas–, o el rastro de un perfume en la piel, la inquietud vibrante de saberse amada por un indolente traidor o un milagroso seductor, o la viabilidad de una relación sentimental torpe pero necesaria. Sí, son modelos o tipos de mujer, pero lo son en esencia no como mujeres sino como seres sentimentalmente problemáticos: la novela española contemporánea ha tendido a ver la conflictividad del ser humano antes en el ámbito de lo

sentimental que de lo racional, y me estoy acordando involuntariamente de Lukács.

Si no se ha leído algún libro anterior de Almudena Grandes –y su mejor novela sigue siendo *Malena es un nombre de tango*– esta historia puede satisfacer porque no ha perdido nada de la fuerza narrativa y torrencial que posee la escritora, como mejor mérito, pero echo de menos la ambición de abordar también los conflictos de las mujeres desde ángulos de otro orden y con una cuña de interpretación distinta de la sentimental. Lucía Etxebarría, que es escritora que recreó ya personajes creíbles en *Amor, prozac y dudas*, ha repetido en *Nosotras que no somos como las demás* (Destino) ese mismo modelo analítico y sentimental con una marca de fábrica propia, que es la atracción específica hacia lo erótico y la ambigüedad o indecisión sexual, en una novela precipitada, premiosa, escrita y concebida con prisas que estropean una posible indagación más honda y valiosa.

El eje aparentemente central de la última novela de José María Guelbenzu es también la madurez de una mujer joven, como lo fue en las vidas contadas de dos mujeres en *El sentimiento*, hace tres o cuatro años. En realidad, la novela tiende a buscar el conocimiento no del personaje que la impulsa, la mujer que consulta su vida con un